

Su pasatiempo favorito

Su pasatiempo favorito

WILLIAM GADDIS

TRADUCCIÓN DE FLORA CASAS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
A Frolic of His Own

Copyright: © 1994, WILLIAM GADDIS
All rights reserved

Primera edición: 2016

Traducción
© FLORA CASAS

Imagen de portada
GIACOMO PACCHIAROTTI, *Giustizia*. Olio su tavola
© Foto Pinacoteca Nazionale di Siena, Italia
Polo Museale Toscano

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2015
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda 28014, Madrid, España.
www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión
KADMOS

Formación
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-16358-12-0
Depósito legal: M-6213-2016

Impreso en España

Para Muriel Oxenberg Murphy

«Lo que buscas en vano durante media vida, un día te lo topas de bruces, con toda la familia a la mesa. Lo buscas como un sueño, y, en cuanto lo encuentras, te conviertes en su presa».

THOREAU, a EMERSON

NOTA DE LA TRADUCTORA

El lector apreciará en la novela una serie de peculiaridades –de sintaxis, de puntuación (muy especialmente en los diálogos) y de tipografía, entre otras– que no coinciden con las formas más habituales u «ortodoxas». Estas peculiaridades aparecen en el texto original en inglés y hemos considerado necesario mantenerlas, dentro de lo posible, en la versión castellana, con el fin de no desvirtuar la expresión y el tratamiento que el autor da deliberadamente al tema y a los personajes.

—¿Justicia? La justicia se encuentra en el otro mundo. En éste lo que hay son leyes.

—Bueno ya Oscar quiere las dos cosas. O sea esa forma de hablar sobre el orden... —apartó un pie amenazado por un viejo que avanzaba a lomos de una silla de ruedas—, como si lo único que buscara fuera una especie de orden.

—Que los trenes salgan a su hora, eso era lo que...

—No me refiero a los trenes, Harry.

—A lo que yo me refiero es al fascismo, en eso acaba la obsesión por el orden. Lo demás es pura ópera.

—Pero ¿tú sabes lo que de verdad quiere?

—Los que se presentan ante los tribunales exigiendo justicia lo único que andan buscando es llevarse un millón de dólares.

—No es solamente el dinero, qué va, lo que de verdad quieren es...

—El dinero y nada más que el dinero, Christina. Mira, lo demás es pura ópera.

—Lo que de verdad quieren esos fascistas que dices, o sea, Oscar y todos en realidad ¿qué es? —Dio unos golpecitos desafiantes con el pie siguiendo el tintineante ritmo de marimba que se filtraba en la sala de espera desde algún lugar cercano a las cortinas, donde la silla de ruedas se había quedado quieta tras colisionar con un radiador—. ¿Trenes y fascismo? Porque eso no tiene nada que ver, ni tampoco «la opulencia de lujosas butacas de terciopelo, brillante espectáculo y magnífico canto», a menos que así intenten que también los tomen en serio. Porque el dinero no es más que un criterio ¿no? Es la única referencia común que tiene la gente para que otras personas se las tomen tan en serio como ellas se toman

a sí mismas. Quiero decir eso es lo único que de verdad piden ¿no? Piénsalo Harry.

—Ya lo he pensado. Oye ¿cuánto vamos a tener que esperar? Dentro de una hora tengo que estar en los juzgados.

—Me han dicho que ha ido a fisioterapia, o sea que no tardará mucho. Según la enfermera, está muy agitado.

—¿Lo has visto alguna vez en otro estado?

—Por Dios ¿es que tiene él la culpa? —Rebuscó en las profundidades de la bolsa que estaba en el suelo, entre los dos—. Al fin y al cabo, lo ha atropellado un coche.

—Da la impresión de que piensa quedarse una buena temporada.

—Bueno como es natural quiere su pijama y su bata. Lo demás son cartas, notas, papeles, no sé cómo piensa que puede trabajar aquí.

—Seguramente igual que en cualquier otra parte.

—¿Ya empezamos? O sea por eso es por lo que te he pedido que vinieras a verlo ¿no? Para que le demuestres un poco de interés como familia suya que eres... Incluso podrías hacer como si hubiera sido idea tuya. Mira... —Saca algo envuelto en un papel de vivos colores—. ¿Por qué no le das esto?

—Pero qué...

—Un tarro de confitura de jengibre, lo que le gusta a él con las tostadas para desayunar. Seguro que aquí no le dan más que pamplinas de ésas sin colesterol.

—No pensarás que se lo va a creer ¿eh?, o sea que se me ha ocurrido ir a comprarle confitura de jengibre para que la unte en las tostadas.

—Creo que pensará que es un detalle por tu parte.

—Y claro que he tenido un detalle. Le he traído una copia de la sentencia del caso Szyrk.

—Un detallazo Harry, pero justo el peor que se te podía haber ocurrido. Ya sabes que Padre y él raramente se ponen de acuerdo en nada. No pensarás que este absurdo asunto del perro que aparece en todos los periódicos va a contribuir a mejorar las cosas ¿no?

—Y otra cosa a propósito de esa película sobre la Guerra de Secesión. A lo mejor quiere ver la...

—¡No me digas que piensas enseñarle eso por Dios! ¿No acabo de decirte que está muy agitado? ¿No te parece suficiente? Cuando fui a recoger sus cosas resulta que el césped estaba sin cortar, aún no han arreglado la terraza que da al sur y no sé ni cómo se tiene en pie, iba a pintar las puertas del garaje y no las ha tocado, lleva meses diciendo que va a arreglar el arranque de ese absurdo coche... y, claro está, tuvo que presentarse Lily, por si fuera poco. En un BMW. Oye ¿podrías dejar de tamborilear con los dedos?, y de paso hacer algo con esa música tan espantosa. —Harry engarfió las manos sobre el portafolio que descansaba sobre sus rodillas, y Christina juntó las piernas como si quisiera frenar el tum, tacatum, tumtum con un acompañamiento no demasiado feliz de toques de silla de ruedas—. Un BMW, seguramente aparecerá de un momento a otro. No quería decirle lo que había ocurrido pero sabía que Oscar se pondría hecho una furia si no se lo contaba, como pasa con todo lo demás. Pensé que quien llegaba era esa chica de la inmobiliaria pero al parecer ni siquiera la ha llamado. En fin, casi mejor. No creo que nadie quiera comprar la casa tal y como estaba esta mañana.

—Efectivamente.

—¿Cómo que efectivamente? Es Padre quien está armando todo este lío para venderla.

—Lo que quiero decir es que a Oscar no le apetece nada que se venda.

—Eso lo sé de sobra Harry, hijo. Lo hemos hablado cientos de veces, que cuando fuéramos mayores cada cual compraría la parte que le corresponde, pero si algo le pasaba a Oscar y se quedaba todo para mí él se pondría fatal porque la casa pertenecía a su madre cuando Padre se casó con ella y entonces decía que me perseguiría, me atacaba desde detrás de una puerta y me decía lo que me haría. Me agarraba y me hacía cosquillas hasta que yo me ponía a gritar, hasta que me quedaba sin aliento o llegaba alguien, mi madre, qué sé yo, y me lo quitaba de encima, o Padre. Era el único que le daba miedo, Padre.

—Pues en mi opinión no es una relación muy sana que digamos.

—Pero nadie te ha pedido tu opinión y además éramos pequeños.

—Efectivamente.

La música adoptó un aire latino amenizado por manotazos, golpetazos sin ton ni son y brucas palmadas de la silla de ruedas a la que ella le dio la espalda, dejándose impaciente una pierna atravesada, y con el pie desviado se puso a dar golpecitos desafiantes, ¿y qué ópera sería, si de eso se trataba? *¿El verdadero amor enfrentado al odio familiar? ¿Trágica historia de lazos familiares y supersticiones?*

—Pero ¿cómo piensa conseguir el dinero, a no ser que se case con alguien que lo tenga, como hizo Padre? O sea salta a la vista por qué los padres de Lily la han dejado por imposible. Según Oscar, el padre está poniendo todo el dinero en manos del hermano, arreglando el testamento y demás por si se muere, y claro Lily se ve casada e instalada con Oscar, si es que puede solucionar lo de su divorcio, cosa que no puede solucionar claro. Adónde vas.

—Mira a lo mejor tarda todavía un buen rato, puedo volver otro día de esta semana cuando...

—Harry también puedes volver otro día de esta semana. De lo que se trata es de que esta historia les dé la oportunidad de conocerse un poco mejor, de charlar un ratito, a ver si me entiendes. Porque estoy convencida de que liquidó las cuentas con el primer abogado de Lily cuando se pasó al otro, que tiene la mitad de años que Oscar, y ya ha montado un escándalo con su matrimonio y su divorcio y con la familia y por si fuera poco ahora se ha metido en otro lío, porque le han robado el bolso. Claro ellos no le van a dar ni un centavo, pero Oscar sí. Le presta dinero como si creyera que se lo puede devolver, mientras que lleva no sé cuántos meses diciendo que va a arreglar el arranque del dichoso coche y que tiene que cambiarse la dentadura postiza y que si el coche durará lo suficiente como para que merezca la pena ponerle otros neumáticos. ¿Dos mil

dólares para la dentadura? Ah no, eso no pero para Lily lo que sea... Dios mío ¿qué es eso? ¿Qué ha pasado?

—Una mujer que salía del ascensor y ha chocado con una enfermera que llevaba una bandeja con muestras de sangre espera Christina siéntate, no vayas a...

—¡Pero si es Trish! —Y se levantó de un salto—. ¡Trish!

—Dios mío qué alegría. Cómo sabías que iba a venir, fíjate lo que me ha pasado. Sangre y cristales por todo el suelo, parece como si estuviera en casa.

—Pero si te ha salpicado el abrigo espera. ¡Enfermera!

—¡Enfermera! ¿De quién demonios es esta sangre? No lo toques no vaya a ser que te dé cualquier cosa. Oiga enfermera, haga algo.

—Póngase aquí señora. ¡Jim! ¿Dónde se ha metido Jim? Dile que traiga una mopa yo voy a lavarme las manos, y que se ponga guantes.

—¿Cómo voy a quitarme esta sangre del... dónde ha ido esa enfermera? No, será mejor que lo queme, no conseguiré quitarlo, como el dichoso suelo del vestíbulo de arriba, es como las manchas de vino tinto en una mesa de mármol, hay que ver lo descuidada que es la gente, la sola idea de tener que ver a esa bruja de la tintorería toda sonriente después de la última vez que me soltó «*Cela va devenir une habitude, Madame?*», y que se entere todo el barrio, qué detalle haber venido Teen. Siempre pensando en los demás.

—No si es por Oscar, por lo del accidente, lo ha atropellado un...

—¡Pero qué listo! O sea puede demandarlos y llevarse un millón ¿no? Según los periódicos todos los días dictan unas sentencias fabulosas. ¿Sigue todavía en ese trabajo espantoso de profesor o de escritor o de lo que sea? Esto le puede solucionar la vida, me acuerdo de aquel día que nos llevó a todos a la playa a Bailey y perdió el... Dios mío ¡mira! —Levantó la punta de un zapato de ante malva—. ¡Mira!

—Una preciosidad, verdaderamente exqui...

—¿Pero no lo ves? ¿La sangre ahí justo en la punta?

—Es una manchita, nadie la nota...

—¿Tú crees que Gianni me vendería otro par si lo viera?

—Se aferró al hombro cercano—. Sujétame...

—No es más que una manchita, no...

—No pensarás que voy a seguir llevándolos, para propagar sabe Dios qué enfermedad por todos lados ¿no? —Se quitó uno, luego el otro—. Además los diseñaron para que hicieran juego con el abrigo, a lo mejor le han dado a Oscar unas zapatillas de papel como las de ese loco de la silla de ruedas que no para de mover los brazos dirigiendo la música. No mires Teen, pero hay un tipo raro que no te quita ojo ahí en la puerta.

—¿Dónde? Ah es Harry. Harry, te presento a Trish, fuimos juntas al colegio.

Y cuando él se aproximó:

—¡Ah! —Le estrechó la mano—. ¿Es tu médico?

—Es mi marido Trish, Harry Lutz. Es abogado.

—¡No tenía ni idea de que tuvieras marido Teen!

—Bueno hasta hace un año no, nos...

—Mira que eres lista. O sea tenerlo en la familia para que así no te envíe esas minutas absurdas y encima te demande como siempre me hace el mío, porque tengo que llamar a Bunker en cuanto llegue a casa. Desde luego no me haría ninguna gracia demandarlos por este asunto pero al fin y al cabo él está en el consejo de administración del hospital ¿no?, y además no se puede decir que no haya pagado el seguro del collar de diamantes que llevaba a las fiestas de beneficencia todos los años hasta una noche que me lo arrancaron del cuello en el ascensor y se llevaron además el sujetabilletes del pobre Bunker, que era de su padre de oro, en forma de retrete, un recuerdo vamos el valor sentimental, tuvo un anuncio puesto durante semanas enteras y ahora decimos que vamos a fiestas de funeral para no deprimirnos, un poco absurdo ¿no?, pero es que hay que ver cómo está todo el mundo, nadie te invita a nada y Gianni bueno, Gianni es que no me haría ni un harapo si viera este abrigo todo lleno de sangre de Dios sabe quién propagando Dios sabe qué con esta nueva depravación que se han inventado para vengarse

de nosotros cuando ya estábamos convencidos de que lo peor que podía pasar después de un buen revolcón desaparecía con penicilina, pero bueno ya no es como con esos tipos asquerosos que se solucionan la vida casándose con nosotras, éramos todas una niñas pero en fin después del colegio ya no se atreve una a ponerle la mano encima a nadie de menos de treinta años tengo que hablar contigo Teen.

—Bueno, pero... Espera un momento Harry.

—O sea porque el matrimonio a nuestra edad es la mitad de divertido y pagamos el doble de precio ¿me llamarás?

Maracas, bongos, chicabumbubum, Harry se había alejado de la conmoción de la silla de ruedas lo máximo que le permitía la extensión de la sala de espera, y estaba allí de pie, tamborileando con los dedos sobre el portafolios cuando una enfermera le dio un golpecito en un brazo y señaló hacia el pasillo, a la seiscientos doce B.

—Christina...

—Sí ya voy. Y la bolsa, ah la tienes tú. Llámame Trish.

—Recuerdos a Oscar. Ah oye Teen, quería decirte, debe de ser terrible para tu padre, lo de ese perro que aparece en todos los periódicos, me llamas ¿eh? Francamente, tendrían que matarlo, ¡enfermera! ¿Piensa dejarme aquí y no hacer nada?

—Es por aquí... —siguen por el pasillo—, y hablando de Lily...

—¡De Lily! —Se adelanta—. No mira, existen dos clases de personas en el mundo Harry, las que dan y las que toman, piénsalo un poco. Oye, no vayas a creer que ese seguro que paga Trish es una miseria ¿eh? Su tercer marido tiene la tercera parte de la industria maderera de Maine, y fijate en Lily, sacándole todo el dinero que puede al pobre Oscar que ni siquiera puede cambiarse la dentadura, como lo del coche, que o compra llantas nuevas o se hace pedazos.

—Como ése... —La aparta porque una enfermera se precipita sobre ellos por detrás con la silla de ruedas.

—¿Como quién?

—Parkinson. —La silla de ruedas pasa a su lado con manotazos silenciosos y cabezadas—. Parálisis Christina. Parálisis.

612 B: en la primera cama se ve una figura inerte absorta en el caos de un reportaje sobre el tráfico que sale de una radio portátil; más allá, un revoltijo de papeles forma una cortina.

—Vaya. Por fin llegaron.

—Llevamos varias horas esperando Oscar, por lo visto estabas en fisioterapia.

—¡Hombre no iba a estar jugando al béisbol! ¿Puedes darme ese vaso de agua por favor? Hola Harry.

—Harry quería hacerte una visita Oscar, y te ha traído...

—¿Me has traído el correo? ¿Y los papeles?

—Pensaba hacerlo pero luego..., bueno, he pensado que a lo mejor te disgustabas. Pero están allí naturalmente.

—No he pedido los periódicos. Claro que estoy disgustado. ¿Has visto ese artículo Harry?

—¿Cómo no iba a ser capaz de verlo si ocupa toda la primera página? —Christina rodeó la cama recogiendo los periódicos; blandió el titular en negrita—. Habría que matarlo. ¡Mira!

¡FUERA, MALDITO SPOT!

—¿Y crees que no lo harán? —Harry había agarrado la única silla; abrió de golpe el portafolio que tenía en las rodillas—. Que si la policía, que si los bomberos, antorchas, perritos calientes, caramelos de algodón... ¿No lo viste anoche en las noticias Oscar? Barras y Estrellas, los buenos chicos de siempre, el sabueso en la furgoneta y la escopeta detrás del asiento, seguramente estarán quemando la efigie de ese pobre hombre en estos momentos...

—Y qué otra cosa se puede esperar siendo juez federal en un sitio tan absurdo mueve la pierna Oscar.

—No puedo, espera, qué haces con esos periódicos...

—Tíralos. Ya los has leído ¿no? Si quieres seguir disgustado, Harry te ha traído una copia de la sentencia de Padre que ha levantado todo este revuelo, el...

—¡No estoy disgustado por eso! Hay algo que me interesa en uno de los periódicos, haz el favor de dejarlos donde están. Es

una cosa sobre esa película sobre la Guerra de Secesión una demanda contra ese tipo, Kiester, el director, ¿lo has visto Harry?, ¿el que hizo la película sobre África con unos efectos especiales de tal calibre que la gente se desmayaba por los pasillos?

—Pleitos como ése los hay a montones Oscar, gente que pretende que les paguen por quitarse de en medio, oye, tengo que ir al centro...

—No pero si me ha robado la idea, toda la historia, o sea incluso la misma batalla, es algo que ocurrió de verdad, al fin y al cabo era mi abuelo ¿no?

—Pero Oscar, la Guerra de Secesión no es tuya. No se pueden tener derechos de autor sobre la historia, sobre una idea, mira, ésta es la sentencia dictada por tu padre. Es una buena lectura para antes de dormir, salta a la vista que si en el sur pudieran agarrar a este tipo, Szyrk, no se molestarían en quemar una efigie.

—No pero... ¡Harry!

Harry estaba de pie, cerrando el portafolio.

—Sinceramente pienso que no prosperará el recurso, con esa atmósfera repugnante del sur, los periódicos quieren atacarlo simplemente por tener más de noventa años...

—¡Harry!

—Racista, izquierdista, encontrarán cualquier cosa para que pierda todas las oportunidades en el tribunal de distrito y revocar la sentencia no serviría de nada.

—¿Puedes sentarte un momento? Oscar te está preguntando una cosa.

—Mira Christina, acabo de decirle que los derechos de propiedad intelectual no son mi campo y que...

—A lo mejor no quiere preguntarte eso.

—Entonces ¿qué quiere preguntarme?

—Está esperando al de la compañía de seguros por lo del accidente y me ha dicho que quería que le aconsejaras.

—Acabo de decirte que yo me dedico al derecho de sociedades, no soy uno de esos picapleitos y ni siquiera sé lo que pasó o sea que...

—Te he contado lo que pasó. Lleva siglos diciendo que va a arreglar el arranque del dichoso coche, como lo de la dentadura pero...

—Qué demonios pasó Oscar.

—Bueno, el coche... este coche no es nuevo o sea no era nuevo cuando lo compré y hace un mes se rompió la llave del arranque y en el garaje no tenían, la encargaron pero todavía no ha llegado así que me enseñaron a arrancar moviendo un cable que hay entre la bobina y la batería y normalmente me pongo al lado del coche pero esta vez...

—Estaba justo delante Harry. Cuando arrancó el coche echó a correr de repente y francamente Oscar, por qué estabas delante cómo se te...

—Porque había un charco al lado y no quería que se me...

—Mira Christina, nadie le va a preguntar eso. El seguro cubre al propietario del coche es decir, demandará al propietario.

—Pero Oscar es el propietario Harry, el coche es suyo.

—Probablemente el seguro del propietario irá a por el conductor.

—¡Pero si el problema es que no había conductor! El coche lo atropelló sin que lo estuviera conduciendo nadie.

—Ya se ocuparán ellos de eso, de demandar a la fábrica por responsabilidad civil de productos, si hubiera estado en transmisión no habría arrancado, así que probablemente es la única prueba que necesitan, el hecho por sí mismo. *Res ipsa loquitur* Oscar, como si te cae una teja en la cabeza. Qué coche es.

—Es japonés rojo no sé por qué le dio por comprarse un coche rojo.

—Con los coches de segunda mano no siempre se puede elegir el color Christina. Vi el anuncio en el periódico y cuando fui a...

—Oye Oscar, tengo que ir al centro, espero verte la próxima vez jugando al béisbol... —con una palmadita en la cintura escapular—, espero que no tengas nada debajo de esa venda, podrías poner una buena demanda si no. Christina, llegaré tarde. Ah Oscar. —Estaba ya en la puerta—. No firmes nada.

—¿Por qué quiere verme jugando al béisbol? Nunca he jugado ... ¡ay! ¿Qué haces?

—Subirte un poco la cama, así tumbado da la impresión de que está una hablando con un cadáver.

—¡Estate quieta por lo que más quieras! Así estoy bien. Mira, tengo cinco costillas rotas y este hombro me da unas punzadas como si... como si me estuvieran metiendo un hierro al rojo vivo y la pierna, ni siquiera puedo...

—Ya lo sé ya lo sé, me lo has contado por teléfono. ¿Pero es que aquí no te dan nada para los dolores? Y esas almohadas, hay que ver...

—¡Déjalas como están por favor!

—Pues parece que no se ocupan de ti lo más mínimo, te tienen dejado de la mano de Dios. Te he traído una bata y unos pijamas para que no tengas que recibir a la gente con esa especie de sudario que llevas.

—Por qué dices eso.

—Qué.

—Lo del sudario. Y que parezco un cadáver.

—Bueno si te gusta más puedo decir que parece como si fueras a participar en una carrera de sacos. ¿Viene alguien? Quiero decir ¿viene alguien a verte?

—Eso es lo que te estaba contando. Anoche apareció un hombre con un traje negro y yo creí que era una especie de sacerdote o algo, pero resulta que no, me dio un susto terrible, porque ¡ay!

—No te muevas tanto, ¿es que no eres capaz de quedarte quieto? —Alisó la sábana, remetió una esquina—. Quién era.

—Con la medicación que me dan, creo que es Demerol, me da la impresión de tener lagunas de memoria y de que las cosas no me pasan a mí sino a otra persona, porque en realidad no somos mas que memoria y...

—Pero quién era, con un traje negro... Harry lleva trajes negros zapatos negros y una gabardina negra y no asusta a nadie.

—No he dicho eso Christina, por eso pensé que era un sacerdote pero se puso a hablar de enviar mensajes al otro mundo y a

mí en lo único que se me ocurrió pensar fue en ese misterioso desconocido que fue a ver a Mozart a ofrecerle dinero para que compusiera un réquiem y de repente va y me pregunta si estoy en estado terminal y me ofrece dinero para que...

—Dios mío eso son las drogas que te están dando, una simple alucinación nadie ha venido aquí a ofrecerte dinero para que compongas un réquiem, haz el favor...

—¡Te digo que estuvo aquí! Y si no pregúntaselo a la enfermera, llámala y...

—Sí, y te ofreció dinero.

—Sí, para llevar mensajes al otro mundo.

—Oscar por Dios.

—¡Pues sí por Dios! Pone anuncios en los periódicos, lee las necrológicas y busca a personas que han perdido a un ser querido y que pagan cincuenta dólares para que alguien que se va al otro mundo le dé un recado. Dividiríamos los beneficios. Me daría veinticinco dólares por cada recado que llevara, o sea cuando me muera, y me preguntó si sabía español y que dónde estaba la sala de beneficencia para ver si encontraba a algún portorriqueño, ¿es que no lo entiendes?

—Me parece una estupidez, una estupidez morbosa.

—¿Y ese desconocido misterioso que le ofreció dinero a Mozart para componer un réquiem y Mozart pensó que era el suyo o sea para su propia muerte? Y estaba intentando terminar desesperadamente *La flauta mágica*. ¿Me has traído los papeles, las notas que te dije?

—Mira Oscar, no te vas a morir, simplemente estás un poco hecho pedazos y además cómo vas a hacer nada aquí si tienes que estar tumbado sin moverte, oye el brazo izquierdo, ¿te duele tanto como cuando estabas intentando terminar la monografía sobre Rousseau y estabas preocupado por si te hacían profesor numerario o no? Porque si hubieras tenido un infarto y te hubieras muerto lo mismo habría dado que te hubieran hecho numerario o no, claro. —Sacó la bata con las vueltas acolchadas todas desgastadas y un toque de beis, patas y mangas de Hong Kong, tras revolver en la bolsa—. Tal y como tienes la biblioteca

lo único que he podido encontrar son estas notas, es que tienes montones de periódicos, por qué no recortas lo que te interesa en lugar de subrayarlo con lápiz rojo y guardar el periódico entero, con esto eres como con todo. Tu casa está hecha un desastre y no es que nadie vaya a venir a verla. Ni siquiera has llamado a la agencia.

—Tenemos que hablar de eso Christina, el mercado inmobiliario está muy bajo y con esta situación inflacionaria...

—Pero si llevamos siglos hablando de lo mismo, desde que te me echabas encima detrás de la despensa, no tiene nada que ver con el mercado, no es una casa, es un terreno. O sea alguien que piensa gastarse dos millones de dólares no busca simplemente un...

—Dos millones cuatrocientos mil, eso es lo que dijimos pero...

—¡Bueno pues dos millones cuatrocientos mil! ¿Esperas que alguien que busca una casa de ensueño te dé dos millones cuatrocientos mil? ¿Es que te vas a quedar aquí tranquilamente hasta que aparezca alguien y se le caiga la terraza en la cabeza y te demande, ahora que a ti también te ha dado por demandar a la gente? Aquí tienes el correo. Dónde lo pongo.

—Donde quieras pero que pueda alcanzarlo, ¿ves mis gafas?

—Están ahí donde las he puesto, al lado de tus dichosos periódicos. Creía que habíamos pagado al fontanero.

—Bueno creí que era mejor esperar a fin de mes cuando me...

—¿Y los de los árboles? Tendrían que pagarnos ellos a nosotros, con todas esas ramas que han roto en el sendero, ¿has hablado con ellos?

—Bueno no exactamente... no.

—¿Cómo que no exactamente? Has hablado con ellos o no.

—Bueno los llamé pero estaba ocupado todo el tiempo y como tú te fuiste he tenido que hacerlo yo todo encima del trabajo y llevo no sé cuánto tiempo...

—Cuánto se tarda en firmar un cheque, sabes que tarde o temprano tendrás que pagar pero no puedes soltar el dinero

hasta que te veas obligado a ello ¿verdad? Mira Oscar, nadie te ha dicho que lo tengas que hacer todo tú solo, desde el día que me casé has actuado como si Harry te hubiera quitado a una buena asistenta. Al fin y al cabo somos familia y podrías esforzarte un poquito más con él ¿no? Hoy tiene un montón de trabajo en los juzgados pero se ha tomado la molestia de fotocopiar la sentencia de Padre y venir hasta aquí a verte, como si fuera uno más de la familia ¿no te parece todo un detalle?

—Pero no se parece a nadie de la familia, ni siquiera por parte de tu madre, y no creo que Padre...

—Conoció a Padre el año pasado cuando fue a Washington, no fue ninguna maravilla pero mira, Harry no tuvo la culpa, o sea acuérdate de cómo estaba Padre por entonces. Y además, te he encontrado una mujer para que te lleve la casa ¿no? Bueno más bien dos, porque dijiste que la primera te había quemado los calcetines. ¿Y qué pasa con la otra? No he visto ni rastro de ella.

—Pues si quieres ver el rastro que ha dejado no tienes más que echar un vistazo en el solarío, el jarrón Sung. Puso agua fría para unas ramas en flor que había traído Lily y claro rezumó por la terracota y el vidriado se ha estropeado. Mil años con ese vidriado iridiscente tan exquisito y de la noche a la mañana lo destruye una bruta.

—Ya te buscaré otra pero...

—¿Otro? ¿Pero tú te crees que se puede encontrar así como así un jarrón auténtico de la dinastía...?

—He dicho otra Oscar, otra mujer que se encargue de la casa, y además, ¿cómo se le ocurre a Lily traer ramas en flor, como si no estuviera todo suficientemente revuelto y lleno de trastos? ¡Tú que tanto te quejas del desorden y recibes al caos en persona con los brazos abiertos! Ella sí que no se parece a nadie de la familia, si vamos a eso, presentándose con un BMW nuevo como si fuera la dueña y señora de la casa. Seguramente aparecerá por aquí en cualquier momento. Le he contado lo que ha pasado.

—¿Cómo que en un BMW nuevo?

—Tú aquí hecho trizas gracias a esa porquería de coche y ella tan mona en un...

—No a ver, ¿de quién es ese BMW?

—Bueno como comprenderás no se lo he preguntado, yo no quiero saberlo. ¿Tú sí? Piénsalo un poco Oscar. Mira con una blusa desabrochada hasta el ombligo, una melena rubia flotando al viento y tres kilos de maquillaje voy a poner el correo aquí. Ya te traeré la chequera. Quién es John Knize.

—¿Quién?

—Tienes una carta de un tal John Knize. ¿Quieres que la abra?

—No no, seguramente es de alguien que...

—«Estimado señor Crease», * qué horror, tiene una de esas máquinas que escriben como si fuera a mano. «Quizá no haya recibido mi anterior carta. Estoy buscando material para mi libro sobre el tribunal presidido por Holmes, del que, según tengo entendido, su abuelo, el juez Thomas Crease, era destacado miembro, famoso por los conflictos con su colega el juez Holmes, si bien se dice que fueron íntimos amigos durante la experiencia que compartieron en la Guerra de Secesión al haber recibido ambos heridas en Ball's Bluff** y Antietam, si estoy bien informado. Como su abuelo vivió hasta los noventa y seis años, he pensado que quizá usted lo conociera en su infancia y...», no pensarás ver a este tipo ¿verdad?

—Bueno podría ayudarme a...

—Mira no olvides que la gente no te ayuda así por las buenas, la gente sólo se ocupa de sí misma, o sea ¿te imaginas contándole a un completo desconocido que el Abuelo te sentaba en

* *Crease*: Doblez, arruga, raya de los pantalones. [N. de la T.]

** *Ball's Bluff*. El autor se refiere a la primera y la segunda batallas de Bull Run de la Guerra de Secesión norteamericana, que tuvieron lugar en 1861 y 1862, respectivamente. En la primera, el ejército unionista tuvo que retirarse, y en la segunda, cuando se preveía la victoria definitiva de la Unión, la torpeza de sus mandos militares permitió que en esta ocasión se retirase el ejército confederado, mucho menos numeroso. Por eso *Bull Run*, que podría traducirse por Arroyo del Toro (el combate se desarrolló entre un arroyo y una colina), se transforma en *Ball's Bluff*. Risco de la Pelotas o, haciendo referencia al «farol» y posterior derrota de los unionistas, Chasco de los Testículos. [N. de la T.]

sus rodillas cuando tenías cinco años y te contaba historias interminables sobre la Guerra de Secesión? Estos papeles que me has hecho que te traiga porque tienes miedo de que te los roben y mira Harry tiene razón, lo demás es pura ópera. Yo soy la Reina de la Noche y ese misterioso mensajero recorre las salas del hospital en busca de casos terminales, engatusando al viejo conde para que componga un réquiem y así hacerlo pasar después por obra suya, asustándome cuando éramos niños cuando decías que volverías a la casa en forma de fantasma, justo lo que me ha pasado esta mañana, con la neblina que rodeaba el lago y de repente una bandada de cisnes aparecen planeando como muertos y al otro lado del lago todos esos rojos y rojizos...

—«Allí donde el junco se seca...».

—¡Justo! —La carta que arrugaba entre las manos cayó al suelo—. «Pálido y solo». Desde luego, si te viera Keats... Cuánto tiempo piensan tenerte aquí.

—No lo saben. ¿Puedes darme las gafas? Depende de cuándo pueda empezar a caminar, si es que puedo. Sí Christina, ni siquiera saben eso.

—Bueno espero que no te suelten hasta que puedas caminar, ¿o es que piensan que puedes circular por esa casa en una silla de ruedas sin romperte la crisma?—Se agachó hasta donde Oscar acababa de dejar sus gafas, no sin cierta dificultad, y las recogió—. ¿Pero cómo puedes ver con esto? —Mete un pañuelo de papel en el vaso de agua—. Por no hablar de leer, ¿es que nunca se te ocurre limpiarlos? —y le coloca las gafas relucientes sobre la nariz—, claro que con esta venda es un poco difícil. ¿Te va a quedar cicatriz?

—Me han dicho que a lo mejor sí.

—Pobre Oscar. —Volvió a agacharse para darle un beso en la frente—. Pero a lo mejor te da un aire interesante, como a Heidelberg. Hoy mismo empiezo a buscarte otra mujer que se encargue de la casa.

—Sí pero... o sea, si a Harry no le importa, quiero decir o si está fuera o algo... Es que había pensado si no podrías tú quedarte algunos días conmigo en casa... Sólo hasta que... qué barbaridad, este jamón con crema que nos dieron anoche...

—De todas maneras vamos a necesitar a alguien ah y otra cosa que quería decirte, recuerdos de parte de Trish ¿sabes, Trish Hemsley? Te tiene mucho cariño, es una pena que nunca hayas intentado nada con ella, no sabes cuánto te ayudaría. ¿Te importa que me las lleve? —Al tiempo que dobla las pantuflas de papel arrugadas que estaban en la mesilla de noche—. No piensas ir a ninguna parte ¿no? —Descorre la cortina que da al animado embotellamiento de diez kilómetros de coches que se dirigen a la entrada oriental del puente George Washington provocado por un camión que ha volcado, se aferra al brazo de una enfermera que pasa por la puerta—. La cama del final, el señor Crease, verá, está un poco preocupado por las cenas y no sé qué medicación estarán dándole pero podría usted consultarlo con el médico, porque no deja de ver hombrecillos con trajes negros que le piden que lleve mensajes al otro mundo, y bueno no es para tanto... —«Maldita sea, demasiado tarde para hacerse la loca»—. Hola Lily.

—¡Ah hola! ¿Está bien?

—Si estuviera bien no estaría aquí ¿no? Seiscientos doce B y haz el favor de no cansarlo demasiado.

—Claro, pero Christina...

—Dime hija.

—No que... que ojalá te cayera bien.

—Sí, eso digo yo.

612 B: atraviesa el concierto de bocinas de puntillas, sofocada y con expresión de querer excusarse, pasa junto a la cortina con un «¿Estás bien Oscar?» y un manchurrón de lápiz de labios en la venda.

—¿Te duele?

—Sí.

—¿Dónde, en la venda de la cara?

—En todas partes.

—Pobre Oscar. ¿Quieres que te traiga algo? Pensaba traerte flores, pero de repente me he dado cuenta de que sólo tenía cuatro dólares.

—Mira en mi cartera. Ahí, en el cajón de la mesilla de noche Lily.

—Ya ya, ¿quieres algo?

—De dónde has sacado un BMW nuevo.

—Cómo lo sabes. ¿Te parecen bien cincuenta dólares?

—Según Christina, has ido a casa en un BMW nuevo.

—Me lo ha prestado una persona para venir a verte Oscar.

¿Por qué le caigo tan mal a Christina? Me hace sentirme como si fuera una... ella es tan lista y tan elegante y con esa ropa que lleva, tan guapa para una mujer de su edad...

Oscar atrapó la mano revoloteante de Lily.

—Es sólo porque eres un poco joven. Lo que pasa es que se preocupa por ti, por lo de tu divorcio y el problema que tienes con tu familia y por...

—¡No es culpa mía! —Recuperó la mano—. De verdad Oscar. Y quiero hablar contigo de eso.

—Qué pasa ahora.

—Pues la abogada. Quiere otros dos mil quinientos dólares y yo ya no sé qué hacer Oscar.

—Dos mil quinien... pero si le dimos un anticipo de tres mil después de haberle dado el primero.

—Sí pero ahora dice que todavía le debo otros dos mil quinientos y que si no se los pago no va a soltar todos esos papeles.

—Qué papeles.

—Los que tiene que darle al otro abogado. Como ella se ha retirado del caso y necesito otro abogado pues dice que el nuevo no puede defenderme si no le pago a ella y ella le da todos esos papeles.

—Un momento un momento, cómo que se ha retirado del caso.

—Es que dice que tú has estado entrometiéndote todo el tiempo, escribiéndole cartas y llamándola y diciéndole lo que tenía que hacer con el acuerdo de separación y todo lo demás y por eso dice que se retira del caso, o sea que no es culpa mía ¿no?

—Pero no puede hacerlo Lily. No puede abandonar el caso así como así. Cinco mil quinientos dólares por... si no ha hecho nada y encima el acuerdo de separación, siglos con él y

dispuesta a decir que sí a todo y ni siquiera hay nada firmado. Sencillamente no puede hacerlo.

—Pues yo le he preguntado a este abogado y según él sí que puede.

—Qué abogado.

—Bueno es que he pensado que mejor que fuera un hombre como antes...

—No ni hablar. Podemos llevar el caso ante una comisión de arbitraje, presentarlo ante una comisión de agravios y...

—Pero según él esas comisiones están formadas por otros abogados y se protegen los unos a los otros, porque le puede pasar a cualquiera de ellos y por eso...

—¿Según quién? Y además, aunque pudiera abandonar el caso yo no tengo ni idea de cuánto me va a costar el hospital, dentro de poco viene el de la compañía de seguros y ni siquiera sé si van a pagar, ¿por qué no le pides algo a tu hermano? Me da miedo firmar cheques incluso de un dólar, con todo ese dinero que le da tu padre para que no se lo quede el Estado, ¿no le puedes pedir algo a Bobbie?

—Bobbie quiere comprarse un Porsche. —Dejó caer la cabeza sobre el borde de la cama—. Estoy harta Oscar... —Y acto seguido su mano empezó a investigar bajo la sábana—. Todo es para Bobbie, a mí ni me hablan y se han metido en no sé qué secta, ésa es la única carta que me han escrito, para contarme lo maravillosa que es la salvación y lo feliz que me sentiría si aceptara a Dios en mi vida y mientras tanto esa mujer que me robó el bolso anda por ahí con todas mis tarjetas de crédito y todo y donde ha usado mis tarjetas me rechazan los cheques y no puedo ni identificarme y resulta que ha comprado billetes de avión, a lo mejor a estas alturas está en París haciéndose pasar por mí y me ha llegado la cuenta de unos zapatos de piel de lagarto que compré en una tienda de Beverly Hills a la que siempre había querido ir y es todo como grimoso.

Él bajó una mano para alisarle el pelo, un dedo trazó su oreja, dibujó su frente; la mano de ella se internó aún más en las profundidades, alivió un bulto ascendente bajo la sábana.

—Lo arreglaremos en cuanto...

—Se dará cuenta de que no es tan fácil hacerse pasar por mí, que no es tan divertido ser yo como ella creía, ¿te hago daño?

—Ten cuidado no...

—¿Nena dar besito y ponerte bien?

—No aquí no, ahora no...

—Pero ¿no te sentirás mejor? ¿Dónde hay un pañuelo para quitarme el carmín...?

—No, ahora no, podría entrar una enfermera y...

—Podemos hacer como si yo me hubiera agachado para estirar la sábana...

Se oyó un golpe seco en la cortina.

—¡Oye tú!

—Qué... quién...

—¡Que venga aquí!

—Quién... ¿pero qué dice?

—¡Ella lo sabe! —otro golpetazo en la cortina—, y si tú no lo sabes que venga ella, ¿eh nena?

—Maldita sea, por todos los... ¡ay!

—No te muevas Oscar, quédate quieto creo que viene alguien. Será mejor que me vaya.

—Espera quién es.

—Ese hombre Oscar, será mejor que me vaya. Volveré dentro de muy poco.

—A qué hombre te refieres ¿uno con traje negro? Espera Lily, cómo vas a volver a casa.

—En el coche que me han prestado.

—Pero dime de quién es.

—Del abogado nuevo... —Y le apretó la mano, dejó un manchurrón de lápiz de labios sobre ella, atravesó la cortina como una exhalación y, al pasar junto a la otra cama, susurró airada—: Cerdo.

Y desde la puerta:

—¿El señor Crease?

—Sí un momento espere ¿quién es...?

—Frank Gribble, de la compañía de seguros Ace Worldwide Fidelity, ¿puedo pasar? —Llevaba un traje negro—. ¿Cómo va

eso? ¿Puedo sentarme? —Cuando ya se había sentado, aplastando una cartera de plástico sobre el regazo—: Espero que no tenga usted muchos dolores... —Saca un cuaderno amarillo—. Bueno, no quiero robarle demasiado tiempo. Seguro que está usted muy ocupado de modo que si pudiera contarme lo que ocurrió...

—Sí claro, yo...

—Con sus propias palabras.

—Bueno, claro. El arranque del coche no funcionaba. Para ponerlo en marcha tenía que abrir el capó y mover un cable que va desde la bobina hasta el polo positivo de la batería.

—Según tengo entendido, eso se llama hacer un puente. Todos los días nos llegan casos de coches robados así. Continúe por favor.

—Señor Gribble, ese coche es mío.

—Sí sí, no quería decir que...

—El coche estaba estacionado. Al tocar el cable se encendió el motor y me atropelló.

—Comprendo. Entonces hemos de suponer que estaba usted delante del coche. ¿Puedo preguntarle por qué señor Crease?

—Porque al lado había un charco señor Gribble, y me pareció lo más prudente evitar la mezcla de agua y electricidad. Pero supongo que esto no viene al caso. El seguro cubre al propietario del coche ¿no es así?

—Pero, según tengo entendido, usted es el propietario.

—También soy la víctima señor Gribble. Y según creo, el procedimiento normal consistiría en que el seguro del propietario demandase al conductor pero...

—Pero según tengo entendido nadie estaba conduciendo el coche.

—Entonces supongo que les queda a ustedes la posibilidad de demandar al fabricante por responsabilidad civil de productos. O sea estaba estacionado y se puso en marcha por las buenas. Si hubiera estado en transmisión desde el principio no hubiera pasado nada. *Res ipsa loquitur* señor Gribble. Como a quien le cae una teja en la cabeza.